giosos han conseguido fama por la variedad de sus conocimientos; con gusto citamos aquí el elogio que San Sidonio Apolinario (l. IV, *epist.* 2) hace del sabio religioso Mamerto Claudiano: «Fué, dice, una biblioteca viviente de toda la erudición latina y cristiana; fué excelente orador, dialéctico, poeta, predicador y geómetra, músico y polemista.»

VI. Todo este movimiento progresivo de los estudios, que no hemos podido sino bosquejar aquí brevemente, confirma la existencia en los monasterios de bibliotecas numerosas y especiales (véase el artículo *Bibliotecas cristianas*). Por la regla de San Pacomio (x y *Vit.*, n. XXXVIII) sabemos que había una en cada casa de esta clase y que su custodia estaba confiada al ecónomo y á su segundo. Estos bibliotecarios colocaban los libros en bazares por orden de materias, cada uno según su clase, lo cual autoriza á creer que su número era considerable: *Libri omnes suis accurate loculis dispositi ad duorum quos dixi spectabant curam.* También se dispuso que cada religioso tuviese gran cuidado con los libros que tomaba en la biblioteca común. Cuando los monjes asistían al oficio ó al refectorio, ninguno debía dejar su libro abierto; y cada tarde, el segundo estaba obligado á contar exactamente los libros empleados y que debía guardar hasta el día siguiente en un sitio *ad hoc.* (Pachom. *reg.* c. *omnes codices.*—Idem *in reg. monach.*, c. VIII): *Custos sacrarii habeat deputatos, a quo singulos singulis accipiant, quos prudenter lectos vel habitos semper post vesperam reddant. Prima autem hora singulis diebus codices petantur.* Luego, como había en Tabenna un gran número de religiosos (7.000.—Véase *supra*), y cada casa contaba 40, y cada monasterio treinta ó cuarenta casas, si cada religioso tenía su libro de uso diario, y si quedaban todavía bastantes para formar una biblioteca, puede inferirse de esto que el número de los libros era muy considerable.

Si fué de este modo en una época tan inmediata al origen de la vida monástica, puede juzgarse que las bibliotecas fueron todavía más numerosas y más ricas en los monasterios que se fundaron después. Podemos formarnos una idea de ellas por los datos que nos han sido transmitidos respecto al celo que tenían los primeros religiosos por copiar libros. Esta era la única ocupación de los religiosos del monasterio de San Martín de Tours: *Ars ibi, exceptis scriptoribus, nulla habebatur*, dice Sulpicio Severo (*Vit. S. Martin*, VII). San Fulgencio se dedicaba por sí mismo preferentemente á copiar, siendo esta una de sus glorias (*Vit. S. Fulg.*, XXX. *Hist. mon. d'Orient.*, 295, 441, 517.—Cf. Mabill., 48); y el mismo elogio se ha hecho de los santos solitarios Luciano, Filoromo y Marcelo, sin hablar de otros muchos. También se hace mención de este ejercicio en la regla del abad Isaías (c. XXIII); no quería éste que el solitario tuviera vanidad ó afectación en el adorno de sus libros: *Si feceris librum, ne exornes illum; hoc quippe affectum tuum ostendit.* En la época en que San Benito fundó su orden, florecía en los monasterios de Italia el arte de copiar libros. Un defensor llamado Julián encontró entonces en el de San Equicio muchos anticuarios escribiendo, *antiquarios scribentes* (Greg. M. *Dial.*, l. I, c. 4.—Véase nuestro artículo *Librarii*).

Nada es más concluyente en este asunto que este bello pasaje de Casiodoro (*Instit.* XXX), dirigiéndose á sus monjes de Viviers: «Confieso que de todos los trabajos corporales que os pueden convenir, he preferido siempre, más que ningún otro, el de copiar libros; con tanta más razón, cuanto que, en este ejercicio, el espíritu se instruye con la lectura de los libros santos, y además es una especie de predicación para aquellos á quienes se dan los libros. Esto es predicar con la mano, convirtiendo sus dedos en lengua; es difundir entre los hombres, en silencio, las palabras de salvación, y es, por último, combatir al demonio con la tinta y la pluma. Tantas palabras como escribe un anticuario, son otras tantas heridas que recibe el demonio. En una palabra, un solitario sentado en su sillón, copiando libros, viaja por diferentes provincias sin moverse de su sitio, y el trabajo de sus manos se hace sentir aún donde él no está, *operatur absens de corpore suo.*» Ponemos aquí á la vista del lector un religioso trabajando (véase *Viaje literario de dos benedictinos*, 2.ª parte, pág. 64). Es la reproducción de una miniatura antigua que representa al monje Radulfo, de la abadía de San Wast, copiando las obras de San Agustín. Aunque de una época relativamente moderna, esta mi-

niatura puede dar una idea tan exacta como es posible de un monje *anticuario* del tiempo mismo de San Benito.

Podría creerse que los libros que se encontraban de este modo en los monasterios, no eran otros que los de la Sagrada Escritura y

los que se referían á la vida religiosa. A esta observación hemos contestado ya implícitamente más arriba. Casiodoro nos facilita, en la materia, un testimonio que no puede ser más positivo. En sus *Instituciones* á sus monjes, nos dice que no se conformó con reunir todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento con sus comentarios, sino que buscó también todos los que creyó propios para disponer los ánimos á esta santa lectura.

Con estas intenciones reunió con grandes gastos todas las obras de los Santos Padres, y en particular las de San Cipriano, San Hilario, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, y el extracto que el abad Eugipio había hecho de los escritos de este Padre, sin hablar de los Griegos, cuya lectura recomienda á los que poseían aquel idioma. Coleccionó además todos los historiadores que pudo encontrar que trataban de las cosas de Dios y de la Iglesia, tales como Josefo, Eusebio, Orosio, Marcelino, Próspero, los libros de San Jerónimo y de Gennadio referentes á los escritores eclesiásticos, y por último, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, que hizo reunir por Epifanio el Escolástico en un cuerpo de historia que no es otro sino el que tenemos tedavía hoy con el título de *Historia Tripartita.* Creyó, por último, que era necesario á los religiosos leer los Cosmógrafos y los Geógrafos, y aun los retóricos y los gramáticos cuyos conocimientos le parecían útiles para la inteligencia de la Escritura. En una palabra, para no omitir nada, quiso también agregar á su biblioteca los principales autores de medicina, á fin de que los que estuviesen encargados de la enfermería pudieran encontrar en ellos los medios de aliviar á los pacientes.

Este grande hombre termina la enumeración por una súplica ó petición á Dios para que se dignase abrir el espíritu de sus religiosos á la inteligencia de los Libros Santos; los exhorta, finalmente, para que aprovechen los beneficios que les ha procurado: *Eia nunc, carissimi fratres, festinate in Scripturis sacris proficere, quando me cognoscitis pro doctrinæ vestræ copia, adjutorio dominicæ gratiæ, tanta vobis et talia congregasse.*

Fácilmente se podrían recordar los testimonios que confirman que el mismo celo para reunir libros y para multiplicar sus ejemplares por la copia, se notó por todas partes en los monasterios más arreglados. Nadie ignora hoy que los monjes son los que nos han conservado las obras maestras de la antigüedad sagrada y profana: tema es éste cien veces discutido. El abad de Corbia, en Sajonia, es quien ha salvado los cinco libros de los *Anales* de Tácito; y hubiéramos perdido para siempre el precioso tratado de Lactancio *Sobre la muerte de los perseguidores*, si no se hubiese encontrado entre los restos de la biblioteca de Moissac, en Quercy.

Las religiosas se dedicaron también á copiar libros. Santa Melania la joven lo hizo perfectamente; escribía de prisa, con un bello carácter de letra, y sin defectos, *scribebat celeriter*, dice el autor de su *Vida* (Ap. Mabill., 52), *pulchre et citra errorem.* Las religiosas del monasterio de Santa Cesárea, hermana de San Cesáreo de Arlés, animadas con el ejemplo de su abadesa, copiaban los Libros sagrados, así como las Santas Harnilda y Renilda, abadesas de un monasterio de benedictinas en Francia. Se sabe que San Bonifacio (*Epist.* XXVIII) suplicó á una abadesa que le escribiese en letras de oro las epístolas de San Pedro. (Remitimos al lector, para todos los detalles referentes á los estudios monásticos, á la sabia obra de Mabillon, *Traité des études monastiques*, sobre todo en su primera parte. En el capítulo VII se verá lo que hizo San Benito para establecer los buenos estudios en sus monasterios.)

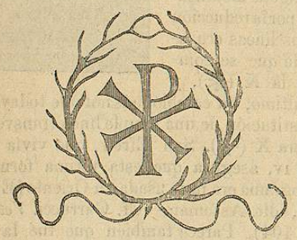
MONOGRAMA DE CRISTO.—I. Este monógrama se halla formado por la combinación de la X y la P, que son las dos primeras letras del nombre griego de Cristo, XPICTOC, *compendio totum Christi nomen includitur*, dice Primasio (*In Apocal.*, IV, 13). Representa á un mismo tiempo el nombre de Jesucristo y la figura de su cruz. Una inscripción antigua de Sibaux (departamento de la Vienne), cuyo facsímile damos aquí, ofrece la forma más antigua y más correcta del monograma de Cristo. Algo más tarde, este augusto signo sufrió una ligera modificación, por la reducción de dos líneas cruzadas de que se compone la X (☧), y por último, un cambio más notable todavía por la sustitución de una simple línea transversal á la letra X (☩). San Efren, que vivía en el siglo IV, asegura que esta última forma del monograma era muy usada en Oriente (Ephren. *Opp.*, edit. Asseman.—Cf. Garrucci. *Vetri*, página 104). Parece también que fué la única conocida en Egipto. Letrone (*De la croix ansée égyptienne*, pág. 16) afirma no haber encontrado el ☧ en ninguno de los monumentos cristianos de este país. La adopción de este tipo fué, sin duda, motivada por su afinidad con la cruz de asas egipcia. El ☩ es también el único monograma que se ve en las Biblias alejandrinas, la del Vaticano, por ejemplo, la del Sinaí editada muy recientamente por Tischendorff, y la de Cambridge (véase De'Rossi. *Bullett.*, 1863, página 62).—(Véase nuestro artículo *Libros litúrgicos*, 3.º)

Por lo demás, aunque las más usadas, las dos formas de que acabamos de hablar no son las únicas; los monumentos, al menos los de

Occidente, facilitan gran número de otras; se hallarán reproducidas en las obras de Boldetti (pág. 334), de Macario (*Hagioglypta*, pág. 162), y también en los tratados especiales de Allegranza y de Giorgi sobre esta materia (Giorgi. *De monogrammate Christi*).

Con más frecuencia, el monograma de Cristo está rodeado de las letras A y ω (para la explicación de estos signos véase el artículo A y ω). Cuando afecta la segunda forma, que llamamos cruciforme, ó cruz monogramática, estas dos letras están algunas veces suspendidas por cadenitas á los dos brazos del travesaño horizontal (véase Boldetti, pág. 345, y mejor Bottari, tav. XLIV). Esta circunstancia se observa particularmente en los monumentos de cierta elegancia. Se la encuentra á veces, no obstante, en simples piedras sepulcrales; la colección de M. De'Rossi ofrece más de un ejemplo (*Insc. Christ. Rom.*, t. I, n. 661, 666 y *alibi*); y esto parece propio del siglo V; las dos inscripciones citadas llevan la fecha de 430 y 431. Otro mármol romano, posterior en algunos años (número 776), ofrece las iniciales A y ω suspendidas así en las extremidades superiores de la X, en un monograma de la forma constantiniana más pura. Es el único hecho de esta naturaleza que hemos encontrado.

El monograma, en todas partes con mucha frecuencia, y casi siempre en las Galias, está encerrado en una corona ó rodeado en totalidad



de palmas (véase el artículo *Palmas*), lo cual significa la victoria conseguida por el nombre de Cristo sobre todos sus enemigos. Una significación análoga se une al monograma cruciforme cuando se halla fijo en medio de la letra N $\left(\frac{P}{N}\right)$, lo que podría interpretarse como por XPICTOC NIKA, *Christus vincit* (véase Bossio, pág. 400).

Algunas veces está trazado en el hueco de un triángulo (Fabretti, pág. 573, y nuestro artículo *Triángulo*), que es el símbolo de la Trinidad. Otras veces se le ve enarbolado sobre la cabeza de Nuestro Señor en persona (Boldetti, pág. 60, y nuestro artículo *Jesucristo*), ó sobre la del Buen Pastor, ó también sobre la del cordero, que son sus más elocuentes símbolos (Mamachi, III, 18.—Bottari, tav. XXI. —Véase también una de las figuras de nuestro artículo *Iglesia*), ó también en el interior de la aureola que rodea la cabeza del Salvador, como se observa especialmente en el mosáico de San Aquilino de Milán (véase Allegranza. *Monum. Crist. di Milano*, tav. I.—Véase también nuestro artículo *Nimbo*). En las tumbas de plomo encontradas en Saida, en Fenicia, se presenta con este detalle en extremo interesante, de que las famosas iniciales IXΘYC (véase el artículo *Pez*) están inscritas circularmente en los intervalos de las jambas del monograma.

La X sola fué, sin duda, también un monograma más abreviado todavía del nombre de Cristo. Se encuentran numerosos ejemplos de esto en los monumentos, y Juliano el Apóstata, hablando de su enemistad contra el cristianismo, decía que hacía la guerra á la X (*Misop.*, páginas 99 y 111, edit. París, 1583). En el reverso de algunas medallas imperiales, á partir de Valentiniano, padre de Valente (véase Cohen., t. VI, página 401, n. 53, 70), esta letra ocupa á menudo el sitio del monograma en la tela del *labarum*. Quizás sea ésta también la forma más antigua, la de los primeros tiempos de la disciplina del misterio, porque recordaba de una manera menos sensible que el crisma propiamente dicho, el nombre de Cristo.

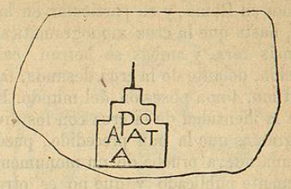
II. La mayor parte de los autores católicos que han escrito sobre el monograma de Cristo, y cuyos testimonios están resumidos en el Tratado de Giorgi (*op. laud.*, c. II), hacen remontar su origen hasta los tiempos apostólicos, y creen que debió nacer en Oriente, cuando por primera vez adoptaron los fieles el nombre de cristianos; esto explicaría por qué se compuso de letras griegas y no de caractéres latinos. A este monograma sería siempre, según los mismos escritores, al que se refieren, ya el pasaje del *Apocalipsis* (VII, 2) donde el signo de los elegidos es llamado signo del Dios vivo, *Vidi Angelum..... habentem signum Dei vivi*, ya este otro texto (XIV, 1), en el que se dice que los elegidos que acompañan al Cordero tienen su nombre y el de su Padre escrito sobre la frente. Relacionando el objeto indicado en estos textos con el signo vaticinado por Ezequiel (IX, 4-6), creen reconocer en ellos la exacta descripción del monograma de Cristo.

Cualquiera que sea el valor de estas interpretaciones, es difícil admitir, como han sosteni-

nido algunos críticos exagerados, protestantes en su mayoría, que este signo haya sido enteramente desconocido por la Iglesia antes de Constantino. Todos los anticuarios más graves, desde Buonarruoti hasta M. el caballero De'Rossi, han admitido como cierto que los fieles de los tres primeros siglos lo usaban; y el contenido de los capítulos XXVIII y XXIX de la *Vida de Constantino*, por Eusebio, supone evidentemente que este príncipe hizo trazar en su *labarum* un signo, no inventado por él ni para él, sino consagrado desde hacía mucho tiempo en la sociedad cristiana. Tal fué, con seguridad, la convicción de los cristianos de los tiempos posteriores, porque si hubiesen creído que el tipo del monograma había sido revelado por Jesucristo á Constantino en su célebre visión, por primera vez hubiesen respetado la forma, teniéndola por hierática. Además, ¿quién no sabe por cuantas fases sucesivas ha pasado, hasta que por último se encontró reducida á la forma de la cruz simple? (Véase De'Rossi. *De tit. Carthag.*, passim.)

Por otra parte, está demostrado por un epitafio que tiene su fecha consular antes del reinado de Constantino, que ya entonces tenían los cristianos un monograma compuesto de las dos letras I y X (Ἰησους χριστός) agrupadas así ☧ (De'Rossi. *Insc. Christ.*, t. I, 16, n. 10). ¿Es creible que no hubieran tenido la idea de apropiarse también, y aun de preferencia la ☧, signo muy conocido en la antigüedad, y que empleado por los paganos habría tenido la ventaja, ofreciendo á los fieles las iniciales del nombre de Cristo, de satisfacer la necesidad del misterio, que fué uno de los caracteres más salientes de la primitiva Iglesia? Podían, en efecto, verlo con frecuencia en algunas medallas griegas imperiales, y en particular en un medallón de Trajano Decio, y estos monogramas ofrecen una conformidad tan exacta con el que llamamos monograma de Cristo, que sabios numismáticos han creído ver allí la mano de un monedero cristiano que, sin considerar que los asuntos mitológicos representados en el campo eran incompatibles con los dogmas del Evangelio, quiso introducir en ellos el signo ya admitido entre los cristianos (véase el artículo *Numismática*, I, 1.°).

Todo esto establece, en favor de la preexistencia del monograma de Cristo al reinado de Constantino, una de esas probabilidades que no podrían rechazarse sin temeridad. Por desgracia, los monumentos hasta aquí conocidos son insuficientes para elevar el hecho á la altura de una verdad demostrada. La cuestión se hallaría, sin embargo, resuelta, si se admitiese, según la respetable autoridad de M. De'Rossi: 1.° Que el pequeño *loculus* que reproducimos aquí, y que ha sido recientemente encontrado en el cementerio de Calixto (*Bullett.*, 1868, página 42, n. 2), representa el monograma de Cristo formado por la ingeniosa combinación de las letras de que se compone la palabra griega **ΑΟΡΑΤΑ**; 2.° Que este monumento

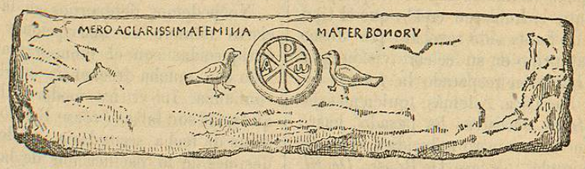


debe ser atribuído con seguridad al siglo III.

No podemos detenernos en la discusión de cierto número de inscripciones de mártires enriquecidas con el monograma, y que han sido con mucha frecuencia citadas con plena confianza. La crítica moderna ha reconocido que unas son falsas (véase Bossio, l. III, c. 22), otras de fecha secundaria, es decir, trazadas después de la pacificación de la Iglesia. No dudamos colocar entre estas últimas el epitafio de SIMPLICIVS y de FAVSTINVS (Marchi, página 27), precioso, no obstante, bajo otros puntos de vista. Y M. De'Rossi, el anticuario entre todos los cristianos de nuestros días que tiene más derecho á ser creído bajo su palabra, asegura que ningún monograma de Cristo propiamente dicho, grabado ó pintado en un monumento con fecha anterior al año 312 (véase *Roma sott.*, 2, II, pág. 317), ha llegado hasta nosotros (*Tit. Carthag.*, pág. 33). Existe, es verdad, un fragmento de inscripción que parece pertenecer al año 298; pero la fecha está mutilada, y es, por consiguiente, dudosa.

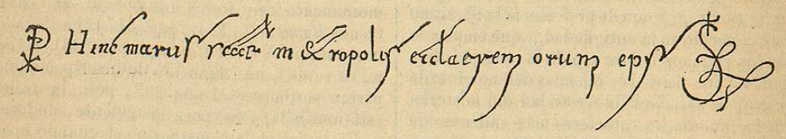
En la época de Constantino es cuando aparece por primera vez de una manera cierta el ☧ en los *tituli* romanos fechados. Hasta estos últimos tiempos, el mármol más antiguo conocido adornado con este signo, era del año 331 (ídem, ibíd., pág. 38, n. 39). Pero se ha encontrado muy recientemente un monumento de una época anterior debajo del pavimento de la basílica constantiniana de San Lorenzo *in agro Verano*: es de 323. No se ocultará á nadie que este año es precisamente el de la muerte de Licinio, y sólo en esta época es cuando el crisma empieza á ser grabado en las monedas cristianas (véase De'Rossi. *Bullet.*, 1863, pág. 22). En 355 es cuando por primera vez se encuentra colocado entre las iniciales A y ω. En 347, se ve aparecer con otras formas, especialmente aquellas en que la cruz se presenta de una manera más visible. En un principio el monograma es el admitido ó el tipo anterior, teniendo en medio de la X una línea tranversal ☧. Poco después se suprimió la X misma, y no quedan más que los elementos que componen la cruz monogramática, forma que hasta fines del siglo IV marcha de acuerdo con la antigua. Desde principios del siglo V desaparece á su vez la P, y la

cruz latina †, ó griega + sustituye á los monogramas, de tal modo, que después del año 405, el signo ☧ se eclipsa casi completamente, por lo menos en Roma, y en particular en los epitafios, hasta que la cruz monogramática llega á ser más rara, y ambas se borran, casi sin excepción, delante de la cruz desnuda, la cual, por último, toma posesión del mundo. En favor de la identidad de la cruz con los diversos monogramas que la han precedido, puede sacarse una nueva prueba de un monumento recientemente publicado y que no es otro sino la Biblia griega del monte Sinaí. En dicho monumento se encuentra trazado el signo ☧ en cuatro puntos: al fin de la profecía de Jeremías, dos veces al final de la de Isaías, y lo que es todavía más concluyente, en medio de la palabra ΕΣΤΑΥΡΩΘΗ, *crucifixus est*, del versículo 8.°, del capítulo II del *Apocalipsis* (De'Rossi, *Bullett.*, 1863, pág. 62).



La desaparición del monograma se efectúa con menos rapidez en el resto de Occidente; y en Italia misma, las inscripciones de los Alpes Cotienos presentan tambien con bastante frecuencia ejemplos del monograma ordinario hacia fines del siglo V. Un fragmento de sarcófago de Lión (De Boissieu, pág. 545), grabado á la cabeza de este párrafo, no nos parece muy anterior á esta época.

En tiempo de Carlomagno, sin duda en razón del prestigio que habian conseguido los estudios de importancia, y del gusto naciente por la imitación de las cosas antiguas, vuelve á adquirir el monograma gran interés. Es lo que puede verse, sobre todo, por las firmas de algunos concilios celebrados bajo el imperio de este príncipe, y cuyos originales poseemos (véase Mabillon. *De re diplom.*, l. V, tab. LIV, LV, LVII, edit. Paris, pág. 452 sig..). Se observa entonces muy frecuentemente en los diplomas y aun en las inscripciones sepulcrales. Damos aquí, como muestra, la firma del celebre Hin-



maro de Reims, en el primer Concilio de Pitres. Las otras dos firmas puestas en el Concilio de Soissons, son las de Inginaldo de Poitiers y de Dodo de Angers.

III. He aquí las principales clases de monumentos en que se halla trazado el monograma de Cristo.

1.° Las iglesias y basílicas primitivas estaban marcadas con este sagrado signo, ya en el exterior (Boldetti. *Cimit.*, pág. 338), ya en el interior, principalmente en los mosáicos que decoran el ábside ó el arco triunfal, como, por ejemplo, en las de los Santos Cosme y Damián, en Roma (Ciampini. *Vet. monin.*, t. II, página 60), y en la de Gala Placidia de Rávena (ídem, t. I, tab. LXV y LXVI), ya en los capiteles de las columnas, ya, por último, en los muros interiores y sobre el velo del santuario (Mabillon. *De re diplom.*, l. II, c. 10, pág. 110). He aquí uno de elegante forma, tomado del ábside de la iglesia de Qhalb-Louseh, de la

Siria central (De Vogué, *Syrie centrale*, pl. 129). Por encima del travesaño están trazadas las iniciales A y ω, y debajo el nombre de Cristo con todas sus letras, XPICTOC. Uno de los ejemplos más antiguos del monograma de Cristo, lo tenemos en un mármol conservado en la casa de Ayuntamiento de la ciudad de Sión: es del año 377 (véase Mai. *Collec. vatic.*, t. V, *ex sched.* Marini, página 375, n. 1). Al monumento donde se halla trazado este monograma se le atribuyó irracionalmente un destino religioso, cuando se trata de un edificio civil.

2.° Los bautisterios. Puede deducirse que el signo de Cristo estaba reproducido en ellos por un pequeño edificio de este género que se encuentra esculpido junto á una basílica cristiana en un sarcófago antiguo de Roma; el monograma se halla trazado en una tablita que corona el techo de este bautisterio (véase el monumento en el artículo *Bautisterios*).

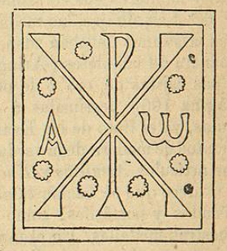
3.° Los monumentos funerarios. Desde la época constantiniana hasta aquella en que la Cruz hace su aparición, no hay piedras sepulcrales que no tengan impreso el monograma de Cristo. En los epitafios se le llama algunas veces, por antonomasia, SIGNUM DOMINI (Boldetti, página 345), ó simplemente SIGNUM ☧, lo que equivale á decir SIGNUM CHRISTI (ídem, página 399). Así, por ejemplo, se dice que el difunto descansa IN SIGNO ☧, bajo la protección del signo de Cristo (ídem, pág. 273); en otras partes, IN ☧, *in Christo* (Lupi. *Sev. epitaph.*, pág. 133).

Bosio (pág. 215) publica un mármol en el cual está coronado el monograma por la leyenda del *labarum* constantiniano, IN HOC VINCES, lo que, aludiendo á la visión del Emperador, expresa ciertamente la victoria que SINFONIA y sus hijos consiguieron por la virtud del nombre de Jesucristo, ó tal vez una exhortación á los cristianos para que se valiesen de este nombre sagrado á fin de triunfar de los enemigos de su salvación.

Otros monumentos funerarios parecen tener el mismo sentido. Así, sobre una piedra sepulcral de las catacumbas (Mamachi. *Origin. Christ.*, t. III, pág. 62), se ve un personaje vestido con una pénula muy ancha, teniendo en la mano derecha un monograma cruciforme cuya asta prolongada descansa en tierra, del mismo modo que, en el reverso de sus medallas, los emperadores cristianos llevan el *labarum*. Algunas medallas bizantinas de Anastasio I, por ejemplo, y de Justiniano I (véase Sabatier, t. I, pl. VIII, 24, XII, 3), llevan en su reverso Victorias, con el mismo atributo y en la misma actitud que este personaje. Encontramos en Marangoni (*Act. S. Vict.*, append., pág. 98) esta inscripción muy curiosa, inspirada probablemente por análogo pensamiento: BI A ☧ ω TA, *bita* por *vita*, la vida. ¿Es este un nombre propio, ó un tierno homenaje tributado al nombre de Jesucristo, que es la vida, *ego sum vita?*

Olivieri (*Marm. Pisaur.*, pág. 66) ha publicado un epitafio griego, que algunos sabios, debemos decirlo, consideran como dudoso, pero que ofrece la singularidad de que todas las palabras de que se compone están separadas por el monograma, como en otras partes lo están por una especie de corazones ó de hojas (véase el artículo *Corazón*). También se encuentra el mismo signo en algunas de esas tejas ú otras obras de tierra cocida que se empleaban para cerrar los *loculi* (Fabretti, VII, VI.). El siguiente se ha separado de una teja de una sepultura del cementerio de Ciriaco (Boldetti, 337). Algunas veces estaba, en esta clase de monumentos,

ejecutado en mosáicos, como lo ha observado Boldetti en los cementerios de Ciriaco y Priscila: trae un ejemplo en la página 338; otras veces estaba formado sobre la cal por cubos simplemente yuxtapuestos. En una cripta funeraria que sirve de sepultura á una virgen cristiana, cripta recientemente descubierta en el cementerio de Ciriaco, el monograma ocupa el lugar de la estrella de los Magos (véase el artículo *Adoración de los Magos*).

Los sarcófagos de mármol están, con mucha frecuencia, adornados también con el monograma de Cristo, ordinariamente en el centro de su parte anterior, ya dibujados simplemente en un círculo (Bottari, tab. XXXVII), ya gemado y puesto en medio de una rica corona, ó en la parte superior de una cruz igualmente gemada. En este último caso se halla en el sitio ocupado de ordinario por Nuestro Señor en persona, y como él, está rodeado de los doce Apóstoles (Bottari, tav. XXX). Se conocen tumbas en las que el monograma está trazado en el fuste de las columnas ó de las pilastras que existen á sus lados (ídem, tav. CXXXVI).

Una cripta descubierta en Milán en 1845 (véase lo que hemos dicho en nuestro artículo *Martirio*) ofrece en sus paredes un monograma de forma irregular, y que además del A y de la ω, está también rodeado de siete estrellas. En opinión de algunos arqueólogos, estas siete estrellas, de las cuales los monumentos cristianos ofrecen numerosos ejemplos (véase nuestro artículo *Estrellas*), figurarían abreviadamente la Osa Mayor, y según los mismos sabios, serían un símbolo de la infalibi-